

1

Su nombre. El nombre de él

Una bruma borrosa evoluciona entre claroscuros con parpadeos de irrealidad, como si se desvaneciera a intervalos. Está dormido; no lo está. Sus pensamientos son arrastrados, desconectados. Emergen, de alguna parte. Lo devuelven al mundo.

Por fin, despierta.

Suspira y piensa: «He dormido bien». Ha sido un buen descanso, es lo que siente. Lo nota en el cuerpo, en la ligereza de la mente, en su ánimo. Es agradable, para variar; últimamente no ha conseguido dormir mucho. Se estira brevemente y pestañea repetidas veces.

Entonces compone una expresión de sorpresa.

Hay un problema: no sabe dónde está.

Mira alrededor. Es un dormitorio, pero desde luego no es el suyo, ni ninguno que haya conocido. Curiosamente, lo que más le llama la atención es la luz que entra a través de unos visillos viejos y amarillentos que cuelgan de la ventana. Es la eterna confusión de alguien que ha dormido, quizá, más de la cuenta. ¿Es por la mañana, o está despertando tal vez de una siesta? Intenta recordar, pero cualquier pensamiento sobre eso es esquivo. No sabe decir, por el nivel de luminosidad, qué hora es.

Ahora se incorpora.

Es un dormitorio, no hay duda. Es pequeño. Y raro. Las paredes están pintadas de un color azul desvaído, casi setentero. Se fija en un cuadro con un payaso absurdo que pretende resultar mono, pero es... decadente; es lo que piensa, a falta de una palabra mejor. El marco se compone de cuatro tramos blancos, mínimos. La es-

quina inferior derecha está desencajada. Hay pocos enseres más. Un armario, una silla. Y la cama. La cama tiene una especie de colcha blanca, liviana, y el pie es una estructura sencilla y dorada con dos adornos redondos en cada extremo. Le resulta espantosa. Ni siquiera está seguro de conocer a nadie que pondría algo con tan mal gusto en su habitación, o en casa. Pero hay algo más. Acaba de percatarse de que tiene los zapatos puestos. Sobre la colcha.

Mueve las piernas con rapidez, disgustado, y las aparta de la colcha, poniendo los pies en el suelo. No lo comprende. Está vestido, y con los zapatos puestos, y él nunca, jamás, se acuesta vestido; mucho menos con los pies sobre la cama, por encima de la colcha.

¿Qué le habrá pasado, para dormirse así?

¿Cuándo?

¿Y dónde está?

Se incorpora, intranquilo. Ya no se siente adormilado, está alerta pero confuso, y cuando se vuelve da un pequeño respingo. Hay una mujer joven sentada en una silla, en una esquina de la habitación, junto al cabecero. Tiene algo en las manos: un pequeño jersey de punto. Le está mirando con una expresión tranquila en el rostro, y sus ojos son tan claros que parecen clavarse en él. «Qué tez tan pálida», piensa, y, de una manera inconsciente, deduce que es extranjera.

Sonríe, incómodo. Se alisa el pantalón y la ropa, y cuando lo hace, se da cuenta de que va vestido con chaqueta, chaleco y pantalones de tela gris. Es su traje, sí; el único traje de vestir que tiene. Mil doscientos dólares en Leekers & Sullivan, y de eso hacía tres años. Pero no sabe por qué lo lleva puesto. Es una indumentaria inusual en él. Se lleva las manos a la cabeza y se pasa los dedos por el cabello. ¿Cuándo se ha puesto ese traje, y para qué?

Mira a la mujer, sintiéndose extraño y fuera de lugar. ¿Ha estado durmiendo a su lado? ¿Por qué?

—Perdón... —dice al fin, sonriendo—. Creo que me he quedado dormido.

La mujer le devuelve la sonrisa, asiente cerrando los ojos con

suavidad, y sigue trabajando en su jersey. Le da vueltas y vueltas, como si buscara algo en sus patrones.

Él espera. Espera prudentemente alguna respuesta, algo.

Carraspea.

—Disculpe, perdone —insiste—. Es que... no sé muy bien dónde estoy.

Ella levanta la cabeza, susurra algo que no consigue entender y se ríe mientras sigue examinando el jersey, que tiene el mismo tono azul pasado de moda que la pared.

—Perdone, no la he entendido.

Vuelve a esperar, pero no obtiene respuesta. Ahora está un poco molesto. Sin duda es una maleducada, pero la situación empieza a ser algo surrealista y se inquieta.

Mira de nuevo alrededor: un dormitorio que le recuerda a una habitación cutre de un Airbnb que anuncian como un paraíso terrenal. Pero ve la puerta y se lanza a por ella. El pomo es igual que las decoraciones del pie de la cama: dorado, deslucido, viejo y redondo. No sabe dónde está, si es por la mañana o por la tarde, pero ya está cansado.

Apenas abre la puerta, escucha voces, y eso le anima. Quiere encontrar a alguien, alguien conocido que le explique lo que ocurre, porque es curioso; todavía no ha conseguido recordar cómo ha llegado hasta allí, ni por qué va vestido con traje. Pero cuando se encuentra en el pasillo y mira a la derecha, ve gente en el salón y siente un pequeño desmayo.

Porque no reconoce a nadie.

Hay una mesa redonda llena de botellas y latas de cerveza (sobre todo) y un tablero de ajedrez. También hay naipes, distribuidos por toda su superficie en pequeños montones desordenados. Sentada a ella hay dos tipos que no solo no reconoce en absoluto, sino que le caen mal en el acto. Uno, el que le da la espalda, es grande y gordo, y lleva la camisa gris y sudada apretada contra el cuerpo rollizo. Su espalda parece más grande que su brazo extendido y casi puede olerle desde ahí. Hay otra cosa que le

hace encogerse: lleva una pistola. La culata asoma a su espalda, detrás del cinturón.

«¡Madre mía!», exclama para sus adentros.

El otro parece un veterano del Vietnam convertido en hippy que ha fumado demasiados porros, con una cinta roja en la cabeza, los cabellos sucios y despeinados del color del oro viejo.

Cuando lo ve, levanta una copa de vino hacia él y declara:

—¡El vino no es la respuesta, pero te hace olvidar la pregunta!

Se acerca, prudente. Ya no está tan animado. No se siente cómodo, y empieza a no sentirse seguro siquiera. Esos dos parecen maleantes del Sur, más que otra cosa.

—Ese vino... es una mala costumbre que tienes —afirma el gordo mientras tanto, señalando al otro hombre con el dedo—. Dice mucho de ti.

—¿Qué dice de mí? —pregunta el hippy.

—Que tienes un gusto de mierda.

—Oh, Tony, por favor... A estas alturas no tienes que medir tus palabras conmigo.

Tony resopla.

Nuestro hombre llega al salón en ese momento, estirándose el chaleco. Si no le hubieran visto, quizá se hubiera retirado al dormitorio de nuevo para intentar hacer memoria, pero ya es tarde, o esa es la impresión que tiene. Se siente repentinamente acalorado. Recorre lo que le queda de pasillo y mira.

Es un saloncito humilde, más alargado que ancho. La mesa está en el centro, prácticamente impidiendo el paso. Hay un destartado sofá a un lado que tiene todo el aspecto de necesitar una jubilación, vetado de flores que quizá alguna vez fueron brillantes y coloridas, y una puerta de salida al fondo con una rejilla en la hoja, a través de la cual puede ver el campo. O un jardín. A su izquierda hay una cocina pequeña donde un tipo de aspecto desaliñado fuma un cigarro. A juzgar por su aspecto y las manchas negras en la ropa, la cara y las manos, parece un mecánico.

—Hola —acierta a decir, con torpeza.

El mecánico levanta la cabeza, arruga la nariz y da un par de pasos rápidos hacia delante.

—¡Mi cocina! —exclama—. ¡Ya te lo he dicho!

Nuestro hombre se sobresalta y retrocede un par de pasos.

—No... Yo no... —balbucea, sin comprender.

—¡No le hagas caso! —interrumpe el hippy alzando la voz—. Casi nunca nadie le hace caso. Excepto si te dice, por segunda vez, que no te acerques a su cocina. Entonces sí que le haría caso.

Tony suelta una carcajada que suena intimidatoria.

Nuestro hombre se siente extraño. ¿Ha dicho «por segunda vez»? No está muy seguro de lo que pasa, pero algo está fuera de lugar. No le gusta. Dedicar unos instantes a recordar qué le ha llevado allí, quiénes son esas personas... ¿una fiesta, quizá? ¿Hubo una fiesta? No recuerda ninguna fiesta. Ningún compromiso social. Nada que le hubiera hecho ponerse su traje de mil doscientos dólares. En realidad...

En realidad...

En realidad, no recuerda nada. Intenta pensar en sus amigos, su casa, su trabajo... pero no llega a imaginar nada concreto. Todo queda flotando alrededor de un esfuerzo difuso, como si lo tuviera en la punta de la lengua, como si en cualquier momento fuera a materializarse, pero sin llegar a ello.

Intenta concentrarse.

«Algo sencillo», piensa.

Su trabajo.

¿Cuál es su trabajo?

—Eh —dice el hippy—. ¿Quieres escuchar una historia?

—No queremos escuchar ninguna historia —responde Tony, que está poniendo naipes sobre las casillas del tablero de ajedrez.

—Un tío va a Europa —comienza el hippy de todas maneras—. Son sus primeras vacaciones largas en un destino así, de modo que lo mira todo, va a lugares, está contento. Un día, decide llamar a casa y pregunta: «¡Eh! ¿Cómo van las cosas?». Y el hermano le responde: «Se ha muerto el gato».

«¿Cuál es mi trabajo?», está pensando nuestro hombre mientras tanto, y empieza a preocuparse. No puede recordar ni una sola cosa sobre su trabajo y piensa de repente en tortilla de patatas. En cierta ocasión quería decir «tortilla de patatas», pero no le salía la palabra. Veía imágenes en su cabeza de tortillas de todo tipo: tortilla en un plato, sobre una encimera de cocina, tortillas enteras y partidas en porciones triangulares, como una pizza. Tortillas jugosas y consistentes, tortillas en la sartén a medio hacer, tenedores pinchando trozos de tortilla. Pero la palabra se le iba, se escabullía, no terminaba de materializarse. Ahora se siente igual, y su mente repite la palabra «tortilla» como si fuera un mantra, como si la palabra fuera la clave para desenredar el embrollo que tiene en la cabeza. Se siente como si le hubieran congelado medio cerebro, y es curioso, porque tiene sensaciones sobre su trabajo, recuerdos anímicos sobre cómo se sentía o debía sentirse algunos días... Los problemas, la ansiedad, la reiteración, esa angustia porque el tiempo pasa inexorable y alguien espera algo a una hora determinada... Pero no es capaz de decir qué demonios hacía.

—El hermano que está en Europa le recrimina —sigue explicando el hippy—. «Oye», comienza, «no deberías darme así las malas noticias. Deberías tener más cuidado. Podrías haberme dicho que el gato se subió al tejado, que se quedó atrapado, que llamaste a los bomberos y mientras uno de ellos estaba en el tejado tratando de salvarlo, el gato resbaló y cayó al suelo quedando en mal estado. Que lo llevaste al veterinario, que incluso lo operaron, pero que finalmente su estado empeoró y no se pudo hacer nada. Así se dan las malas noticias», le dice.

Nuestro hombre apenas escucha. Tiene las palmas sobre la sien mientras trata de recordar. Es incluso divertido; lo es. Ha leído sobre eso, alguna vez, en alguna parte. El artículo decía que los recuerdos son como nodos de información unidos por cauces por donde viajan. Por algún motivo, uno de esos cauces se había desviado, desdibujado, y la información estaba desbordándose y era...

Inalcanzable.

—El hombre escucha las disculpas de su hermano al teléfono —sigue el hippy—, le quita importancia y continúa con la conversación. «Bueno», dice, «¿y cómo está todo lo demás? ¿Cómo está mamá?». El hermano hace una pausa y contesta: «Bueno... Mamá está en el tejado...».

El hippy y Tony rompen a reír. Ríen con ganas.

—¡Mamá está en el tejado! —exclama Tony, y descarga un puño sobre la mesa con tanta fuerza que hace tambalear todas las botellas.

El mecánico está mirando a la pareja dejando escapar el humo de su cigarro por la nariz. Tiene una expresión de perplejidad en el rostro, aunque también parece desagrado.

—No lo entiendo —admite.

Nuestro hombre lo mira. De repente, tiene la sensación de que su voz le resulta familiar. Su tono es grave, arrastrado. Para ser un hombre tan desfavorecido y desaliñado, tiene voz de radio.

—¿Qué es lo que no entiendes? —pregunta el hippy.

—¡La historia! —responde el mecánico, y luego añade—: ¿Cómo se llama el gato?

Hay un instante de silenciosa estupefacción y, luego, Tony rompe a reír. Literalmente aúlla mientras el hippy cierra los ojos y abre mucho la boca, una carcajada muda que resulta escalofriante. No es agradable. Son risas estridentes, demasiado eco para un chiste tan malo, y eso le incomoda. Se siente como recién llegado a una fiesta que ha empezado hace horas; todo el mundo está a tono y se ríe de las tuberías en el techo, alucina con los cambios de luz de las luces led dispuestas por las paredes y se abrazan como los enamorados en las primeras semanas. Se siente desubicado. A pesar de todo, fuerza una sonrisa que disimula agachando la cabeza. No es una reacción consciente, es más bien una respuesta natural para tratar de no desentonar en una situación que no maneja, de la que no sabe nada, tal vez para no llamar la atención, y sin pensarlo mucho, anuncia:

—Voy a mear.

Se da la vuelta y avanza por el pasillo. No tiene ningún recuerdo de ese lugar, pero la puerta al fondo del corredor tiene que ser el baño. Seguro.

Una vez dentro, cierra la puerta, pone el pestillo y suelta todo el aire de sus pulmones. «Bien», dice, y se repite: «Bien, bien... Bien». Está solo por fin, y eso le hace sentirse un poco mejor. Un poco. Solo tiene que ordenar sus ideas.

Abre el grifo del lavabo y se lava la cara. El agua está tibia, pero sienta bien. Refresca. La verdad es que hace demasiado calor, y no es solo por la situación. Cuando se estresa, su termostato se estropea, la temperatura de su cuerpo asciende, se convierte en una estufa. Se mira en el espejo. Se reconoce, y se ríe. Al menos algunas cosas siguen estando en orden: todavía es el cuarentón de cabello rubio y peinado a un lado que recordaba ser.

Ahora no está pensando demasiado. Se está quitando la corbata, que deja a un lado en el pequeño lavabo, se desprende también la chaqueta y se desabrocha el chaleco. Se queda con la camisa blanca, que desprende un olor suave al perfume que usa desde que tenía dieciocho o veinte años: Calvin Klein Eternity. Es curioso que pueda recordar eso con facilidad, piensa, y no otras cosas, y de repente ese le parece un buen camino para recordar. Poner en orden los recuerdos que sí tiene.

Se queda mirándose en el espejo, con una expresión asustada en el rostro.

Él es...

Se llama...

Abre mucho los ojos.

—Jesucristo —suelta.

¿Cómo se llama?

«No, espera. Claro que sé cómo me llamo», reflexiona. «Es ridículo». Agacha la cabeza y se ríe entre dientes, pero es una risa nerviosa. «No pasa nada, ¿de acuerdo? No pasa nada». En unos segundos se acordará y será una buena anécdota. Todo eso será

una buena anécdota, sí. Es lo que piensa. Pero pasan los segundos, y sigue sin acordarse de su propio nombre.

«Ah», se dice, y se golpea la frente varias veces con el talón de la mano, los dedos lacios, los ojos fuertemente cerrados. Es curioso, pero no hay manera.

«No, venga. Es... Me llamo...»

Una plétora de nombres desfila por su mente. Se llama Mike. Albert. Mike o Bryan... Albert. Avery. Anthony. ¿Adrian? Algo con A. A... Alexander. Aaron. Atticus.

No es Atticus. Atticus es el nombre de un personaje de una película que admira. Atticus Finch, de *Matar a un ruiseñor*. Encuentra desconcertante y bastante injusto que consiga acordarse de esos detalles triviales, y no de su nombre.

El nombre. El nombre de él.

«¿Cuál es?».

Súbitamente asustado, se sienta sobre la tapa del retrete, abre las piernas y reposa los codos sobre las rodillas. El pie derecho da saltos como si estuviera siguiendo el compás desquiciado de algún ritmo electrónico. TAPTAPTAPTAPTAP.

«No es posible», se repite. «Esto no está pasando. No tiene sentido. No puede ser». Se dice esas y otras cosas, todas en la misma línea de pensamiento, como si se deslizara por un tobogán.

Piensa en Atticus Finch. De él se acuerda. Se acuerda de cuánto le costó su traje y dónde lo compró, y eso ya es algo. Es mucho. Intenta pensar en otras cosas de las que sí se acuerda, y piensa en el grupo musical Queen. Se acuerda de Freddy Mercury. Lo ve cantando, el cuerpo en tensión, el brazo hacia delante, su bigote. Siempre le pareció curioso el bigote, una elección estética que no comparte, y se dice que es bueno que se lo siga pareciendo. Se acuerda de...

Una pregunta se abre paso por su mente, esquiva como una rata que acaba de abandonar su cubil y corretea entre los muebles. Pero cuando aparece, cuando es evidente y clara, se muestra como una rata de ciento cincuenta kilos en mitad del salón, la boca llena de dientes.

La pregunta es: ¿está casado?

O, mejor dicho, ¿se acuerda de si lo está, o lo estuvo?

Esa pregunta se despliega en muchas otras: ¿tiene hijos? ¿Dónde vive? ¿Cómo es su casa? ¿Celebra barbacoas los domingos con sus amigos? ¿Qué amigos? ¿Cuáles son sus nombres? Los nombres de ellos. El nombre de él.

—Mierda... puta... —suelta.

No es muy dado a decir palabras malsonantes, y ese pensamiento le golpea como una especie de burla, una generada por su propio cerebro, como si estuviera jugando con él. Su cerebro diciendo: «¡Eh, esto es útil! ¡Aquí tienes un dato valioso!».

En aquel artículo sobre el puñetero cerebro también se hablaba de cajas. La información se almacena en cajas: las más utilizadas se ponen en primer término para que puedan abrirse rápidamente, y las que se usan menos se van poniendo detrás, en el almacén. A medida que esos recuerdos se van consultando cada vez menos y menos, las cajas van depositándose al fondo, más y más al fondo, más abajo, hasta quedar sepultadas por varias toneladas de otras cajas. Pero las cajas no desaparecen. Nunca. Siguen ahí en alguna parte. Solo hay que saber cómo llegar a ellas, decía el artículo.

—Pon en orden... las cosas —insiste, con los ojos todavía fuertemente apretados.

Pero los datos no llegan. No sabe si está casado o soltero, no recuerda ningún rostro de ninguna persona querida. Si intenta pensar en alguien especial, en alguna mujer, aparece el rostro de Jessica Chastain, de Kim Basinger, de otras actrices, sonrientes en la pasarela roja de la entrega de premios de los Oscar. Pero son recuerdos que no son suyos. Son recuerdos estáticos, sacados, probablemente, de alguna cuenta de Instagram.

Vuelve a reírse.

«Si tuviera hijos, me acordaría», se dice. «Me acordaría de mis hijos».

No hay escenas en su mente de pies descalzos corriendo por el

pasillo de casa, de papá durmiendo la siesta con el bebé. O de mamá, para el caso. No hay recuerdos de habitaciones infantiles, del día del montaje de la cuna, de rizos rubios al sol en el jardín. Nada de perros llamados Toby. De los viernes especiales de pizza. Del coche familiar, grande, cómodo y espacioso, con asientos adaptados para niños. O niñas. Un Dodge Charger, un Lincoln, un Impala. Si piensa en niños obtiene vídeos de uso genérico como los que venden en librerías de medios: niños tan sonrientes que casi dan grima, corriendo al aire libre, casi siempre cerca de un pícnic con mantel de cuadritos, tan estereotipado que parece hecho de cera.

Pero recuerdos propios no.

De eso no hay nada.

Si hay algún recuerdo está en el fondo del almacén, al lado de la caja donde pusieron... «El arca perdida», piensa, divertido.

Ni siquiera sabe decir si tiene amigos. Tiene aspecto de tener como unos cuarenta años, así que debe de haber al menos un grupo selecto. Alguien de la época de cuando estudiaba...

«De cuando estudiaba».

Tampoco recuerda nada de eso.

No recuerda el colegio, ni la universidad, si la hubo, ni siquiera sabe para qué se formó. No es capaz de ubicarse haciendo ningún examen, no puede ver el rostro de ningún profesor, ninguna clase, edificio, ninguna fiesta. Cuando intenta rememorar esos días mediante un proceso que, por lo general, es tan sencillo y directo que uno no sabe cómo funciona, solo ve una nebulosa gris, una especie de hueco, un vacío. Niebla. Ahora que no puede mirar atrás, que el recuerdo se escapa... se escapa aun cuando parece estar al alcance, cuando parece que, en cualquier segundo, va a regresar con un chispazo audible, se sorprende de lo automático que era todo antes, antes de esa mañana. Tarde. Lo que fuera. Era como mover los dedos de una mano; uno no sabe qué mecanismos internos está activando, las decenas o cientos de pequeños músculos y tendones que intervienen en el proceso, pero los dedos se mueven. La mano se mueve. Algo tan trivial en apariencia como reco-

ger la cocina era un baile de acuerdos preestablecidos tan complejos como sencillos.

Con esas ideas en la cabeza, se rinde un poco. Se relaja. Deja escapar suavemente el aire de sus pulmones y compone una mueca entre abatida y satisfecha. El conocimiento repentino de que su vida se ha borrado le hace quedarse inmóvil durante un momento. Ahora solo tiene esto. Ese cuarto de baño. Esa taza del retrete algo mugrienta, las baldosas con una roña marrón en las juntas, el suelo que debe de hacer ya un tiempo que no conoce una limpieza a fondo. Y su rostro en el espejo.

No cree, después de todo, que esa amnesia extraña le vaya a durar mucho. Esa idea no le ha permeado todavía. Está en una especie de limbo. Está pensando que... eh, no está tan mal. No tiene recuerdos, ni buenos ni malos. Si tenía el corazón roto por la nostalgia imperecedera de algún amor fallido, se ha ido. Si tenía un trauma importante por algún evento en su vida, ya no se acuerda. Y los traumas limitan, definen, te hacen ser como eres. Inseguro. Débil. Dubitativo. Cobarde. Cualquiera cosa. Cada vez que abres la boca para decir algo, el trauma selecciona tus palabras, tu lenguaje corporal, tu resolución. El resultado eres tú, mermado por el efecto de ese socavón en tu psique profunda. Y ya no está. Ha sido olvidado.

De algún modo, esa pizarra vacía que es su mente, en la que solamente Atticus Finch y Jessica Chastain parecen sobrevivir, puede ser un lienzo en blanco para componer un nuevo, sorprendente y desconocido él mismo.

Sonríe.

Se sorprende al descubrir su alivio. O era un redomado optimista hijo de puta, o llevaba una vida tan jodida que la posibilidad de escapar de ella, de repente, le parecía una buena cosa.

«¿Qué tal eso?», se pregunta ante el espejo. «¿Qué tal eso, seas quien seas, pedazo de... carne de psiquiatra?».

«Seas quien seas», se dice con cierta amargura. Quisiera, eso sí, recordar su nombre. Pero si no le gusta, piensa divertido, se lo cambiará.

Un destello de algo explota en su cabeza. Una idea. Una ocurrencia. De pronto se lleva una mano al bolsillo trasero del pantalón y palpa. Una cartera. La cartera. La suya, claro.

Se ríe, echando la cabeza hacia atrás, pero sin emitir ningún sonido. «Joder», se dice aliviado. «Qué pedazo de imbécil». Como si la cartera fuera a contener todo lo que le falta, todos los detalles, todo.

Pero la saca y la mira con curiosidad. Es negra y delgada, apenas lo justo para las tarjetas y algo de efectivo. Pero es de piel y parece buena, cuidada y nueva. Eso le gusta. No hay billetes, por cierto, pero sí una tarjeta Bnext de pago telemático, y ahí lee un nombre: ELK HAWTHORNE.

Se queda mirando el nombre. Elk Hawthorne.

Hawthorne. Hawthorne. Lo repite en su cabeza una y otra vez. «Hawthorne». Había esperado que, al encontrarse algún documento con su nombre, prendiera una llama que disipase la niebla, pero no siente nada. Ese nombre no tiene significado para él. ¿Y quién demonios se llama Elk? O sea... ¿en serio? Tuvo que haberse partido la cara con más de un niño y más de diez, seguro. Sacude la cabeza. Es un nombre de mierda. Ni siquiera está seguro de que la tarjeta sea suya.

Hay otra, una tarjeta de crédito convencional emitida por un banco, no de esas de pagos telemáticos intermedios. Sacude la cabeza de nuevo cuando piensa eso porque le resulta curioso que también sabe cómo funcionan las tarjetas para pagos online con límite que te protegen de fraudes y engaños, pero no consigue acordarse de su nombre. Es del M&I Marshall and Ilsley Bank. La mira durante unos instantes con la boca torcida hacia abajo. El nombre no le dice nada, y el logo tampoco le suena. Es feo. Ni siquiera cree que él eligiera ese banco. Mira la dirección en el reverso de la tarjeta: 770 North Water Street, en Milwaukee. ¿Milwaukee? Recuerda Milwaukee, claro. Las imágenes de las calles y de sitios puntuales se despliegan en su mente, pero no sabe si son suyas o las ha visto en alguna película, en Internet, donde sea. Al fin y

al cabo, también es capaz de conjurar imágenes de Duluth, en Minnesota, de Oregón, Sacramento, Canadá... y Wisconsin. Sabe exactamente cómo es el verano y el invierno de Wisconsin, que hay un Festival de la Manzana el 2 de octubre, y que el día antes se celebra la Fiesta del Otoño de Verona.

No significa que viva en Milwaukee, claro, pero... a lo mejor sí trabaja allí. Quizá. Tal vez.

Después saca una licencia de conductor.

—No me jodas —suelta.

Es su rostro. La foto de su cara está allí. Un gesto arrogante, por cierto. Y su nombre. Ya no cabe duda.

Se llama Elk Hawthorne. Es su nombre. El nombre de él.

Ese descubrimiento le hace arrugar el ceño. ¿Cómo es posible leer su propio apellido y que su cerebro no coja carrerilla desde ahí? ¡Hawthorne, por amor de Dios! Han sacado la caja del recuerdo del fondo de su mente, la han colocado sobre la mesa de la recepción, la han pintado de amarillo fosforescente y le han puesto un gran lazo, y aun así...

Aun así.

Traga saliva.

Una cosa es no recordar algo puntualmente, y otra, muy distinta, es...

Haberlo *olvidado*.

Olvidado. La caja se ha destruido. Desintegrada.

Lo sentimos, señor. Su caja no aparece. Algún empleado ha debido de quemarla, enterrarla, golpearla y arrojarla por un acantilado hacia el mar, y tal vez no por ese orden. ¿Tiene el comprobante con algún código que la identifique?

Traga saliva otra vez.

Elk Hawthorne.

—Vaya —susurra. Pero su voz no le gusta. Tal vez lo ha olvidado casi todo, pero se ha asustado.

De pronto se descubre rebuscando en los bolsillos del pantalón; también en la chaqueta que había dejado a un lado. Busca un

móvil. Su móvil. ¿Cómo no se le ha ocurrido antes? Recuerda incluso haber usado la marca iPhone desde los primeros modelos, aquello de usar el dedo para desplazar cosas era revolucionario en aquella época. Pero tiene en la cabeza imágenes de otros modelos, después.

El móvil, piensa mientras palpa la tela. El móvil tendrá una agenda: familia, amigos, clientes tal vez. Fotos. Tendrá fotos del perrito Toby, de la pequeña Helen, de la dicharachera tía Tay Tay. Puede haber apuntes, documentos. Cosas. Sin embargo, después de palpar repetidamente, se convence de que no había ninguno. Compone una mueca de fastidio. ¿Qué tipo de persona va por ahí sin un móvil en pleno siglo XXI?

Quizá se lo ha dejado en la habitación. En la mesilla de noche. Enchufado a la red en algún aparador en alguna parte.

Si pudiera recordar *algo*...

¿Qué puede haber causado esa amnesia?

Se mueve hacia el espejo y empieza a buscar señales de golpes en la cabeza. Alguna herida, hematoma, señal... Mas todo está en orden. No hay nada fuera de lugar, en ninguna parte. Pero mientras se examina, su mente piensa en otras causas. Causas de amnesia. Y se le ocurre una cosa:

Drogas.

De pronto recuerda algo. Algo que ha dicho el hippy exveterano de Vietnam. Aquel tipo ha levantado una copa hacia él y ha dicho algo. Algo raro:

«Puede que el vino no tenga la respuesta, pero te hace olvidar la pregunta».

Es una frase rara de narices para decir cuando ves venir a alguien.

Te hace olvidar la pregunta.

Entrecierra los ojos.

El vino puede ser como una droga. O contener droga.

Quizá es una pista para él. Quizá el hippy está de su lado, y Tony el Gordo con la camisa gris pegada con manchas de sudor

y la pistola es otra cosa. Tony parece un matón del tipo buldócer. Un tipo duro. Un matón, a juzgar por el arma. Y aunque ni siquiera le ha visto bien la cara, cree adivinarla. Pómulos prominentes. Nariz aplastada. Labios grandes. Ojos sin expresividad. Si Tony no resulta ser así, se comerá los calcetines. Tony y el mecánico escalofriante guardián de la cocina.

¿Quiénes son esos tipos?

De pronto llaman a la puerta con tres golpes secos.

—¡Oye, Elk! —dice una voz. Parece el hippy, pero no puede estar seguro—. ¿Quieres huevos?

Huevos.

¿Es la hora de comer? Puede serlo. No lo sabe, porque no tiene hambre, o quizá sí; no se ha detenido a pensarlo primero.

—¡Vale! —responde.

—¡Pues date prisa!

—¡Vale! —repite.

Saben su nombre. Está claro que ellos le conocen, y él a ellos, pero... ¿qué hace con esa clase de tipos? Tipos con pistola.

«¿Estás metido en cosas sucias, Elk?», se pregunta. «¿Formas parte de una banda de... tipos chungos?».

¿Y quién demonios era la mujer extranjera del cuarto?

«El vino te hace olvidar», recuerda. Vaya si eso no suena a aviso, pero ¿lo era o no lo era?

Se lleva la mano a la boca y echa el aliento sobre la palma. Luego olisquea. No huele a vino. No huele a alcohol. No huele a nada.

No es un prisionero, de eso está razonablemente seguro. Ha estado durmiendo cómodamente en aquella habitación, no estaba atado, la puerta estaba abierta y hay una ventana. No lo ha comprobado, pero incluso si está cerrada, tiene un cristal, y los cristales son fáciles de romper.

Es...

Mira la chaqueta y piensa en el aspecto sudoroso y descuidado de los otros tipos. Hay un matiz. Uno de consideración.

¿Es el jefe?

¿Es el cliente?

¿Es un confidente protegido en un piso franco? Eso explicaría unas cuantas cosas, pero... Sacude la cabeza. No. Ni de lejos los agentes del gobierno tendrían el aspecto de aquellos hombres. Además, no llevan el arma a la espalda. La llevan en fundas de hombro verticales o en el cinturón.

Sin saber qué ocurre o qué pasa allí. ¿Qué es lo prudente, en realidad? ¿Salir fuera y decir: «Eh, tíos, tengo amnesia»? Tal vez no es lo más prudente. Se le ocurren dos docenas de razones para no hacerlo, todas relacionadas con el supuesto de que sean realmente tipos chungos, por si pudieran ver la oportunidad de hacer... algún ajuste rápido a la organización.

Quizá pueda ir, simplemente, hacia la puerta y decir algo como: «Voy un momento al coche», y ver qué pasa desde allí. Sería curioso largarse de allí después de darle tantas vueltas a todo.

O quizá pueda seguirles el juego un poco. Ver de qué va la cosa. Adquirir un poco más de información antes de decidir qué hacer.

«Está bien», piensa. «Está bien». Respira en profundidad unas cuantas veces, se remanga la camisa, resopla y retira el pestillo para salir. La deslucida barra metálica hace un pequeño sonido brusco y, cuando lo oye, las piernas le tiemblan un poco.

«Caramba», se dice. Está llenando de mierdas su nueva pizarra limpia, su segunda oportunidad, en muy poco tiempo.